

## EL ORDEN SIMBÓLICO EN EL SIGLO XXI

# La virilidad cuestionada

Oscar Zack

Si el siglo XX, al decir de Discépolo, fue un cambalache problemático y febril, el siglo XXI no le va en zaga.

En este siglo se puede constatar cómo se manifiesta de manera excesiva un empuje para que los sujetos intenten alcanzar un goce sin medida.

En este sesgo adquiere relevancia la función imperativa del superyó que ordena gozar, de tal forma que casi todo el espectáculo exhibicionista de la modernidad empuja en esa dirección.

Bajo esta dialéctica se va entronizando al yo como un pretendido amo que intenta detentar el poder de condicionar una supuesta buena forma universal de la manera de gozar.

Poder del mercado, pseudociencias y globalización mediática confluyen en este propósito.

La ilusión que se pretende transmitir es que en la medida en que los sujetos de la hipermodernidad consientan a estas coordenadas se irán acercando al cenit de un goce posible, emparentando este estado a la máxima felicidad pasible de ser alcanzada.

Esta breve descripción se inscribe en una época caracterizada como la del declive y caída de los semblantes del Nombre del Padre. El declive de la Imago paterna va generando las condiciones para que la irrupción del goce, de lo real del goce, vaya impotentizando la eficacia de lo simbólico para dar cuenta de lo real. Esto va abriendo paso a una nueva forma de subjetividad, y por añadidura a una nueva forma de inscribir la diferencia sexual.

Así, la modernidad va posibilitando la configuración de nuevas identidades sexuales que cuestionan, al menos fenoménicamente, la clásica división entre hombres y mujeres. Si bien se va permeabilizando el límite que separaba la nítida diferencia sexual, dando lugar a distintas variantes de la sexualidad, lo que permanece inalterable es una partición sexual que hace que los sujetos hablantes se inscriban en lo que Lacan denominó posiciones sexuadas; a saber, la posición femenina o masculina de las fórmulas de la sexuación.

Sexuación y género pueden no coincidir.

La perspectiva del psicoanálisis sostiene que las cuestiones del sexo declinan en un proceso de sexuación. Es decir, en la posición subjetiva en que cada sujeto se ubica respecto al falo.

Así, un hombre o una mujer se definen a partir de sus identificaciones y su forma de gozar.

## Una Figura de la virilidad

En nuestra práctica no es inusual escuchar de boca de algunas analizantes mujeres, quizás con cierto tono de resignación, una lapidaria sentencia: ¡Ya no quedan hombres! Es obvio que la misma no se refiere a una descripción fenoménica del hecho, sino que alude, apunta, deja constancia que así se intenta definir una supuesta posición de algunos hombres, que es la de eludir, de no querer, de resistir –incluso hasta de rechazar– todo aquello que los concierna para asumir una responsabilidad de *partenaires* estables, de sostén de la familia y –por supuesto– de padres. Cabe consignar que dicha queja se escucha independientemente del estado civil de quien la profiere.

Ese grito que se escucha en la privacidad del consultorio no es otra cosa que la expresión de cierta declinación de los hombres de la hipermodernidad en desear sostener –e incluso ocupar– la función paterna.

Sin lugar a dudas este fenómeno es efecto de “una declinación social de la imago paterna” [1].

Esta descripción que enmarca el ocaso del padre, y que arrastra en su caída a la virilidad, atrae nuestro interés en tanto se inscribe en los debates actuales, tanto teóricos como clínicos, respecto a la subjetivización que en torno a la sexuación se produce en los sujetos masculinos, en la época de la caída de los semblantes del padre.

Este fenómeno, consecuencia de la subjetividad de la época, ha producido un desorden en la tradición que enmarcaba el lazo entre los sexos.

En los tiempos del reinado del Nombre - del - Padre, las diferencias estaban claramente delimitadas y las fronteras que separaban las distintas identificaciones y los distintos semblantes que portaban hombres y mujeres se hacían notar con fuerza.

Se podía saber y distinguir cuál era un hombre viril y cuál no.

Desde la perspectiva psicoanalítica sabemos que las posiciones sexuales se sostienen en la función de nudo que adquiere el "complejo de castración inconsciente" a partir del cual el sujeto podrá, o no, identificarse con el tipo ideal de su sexo y de esta forma responder de manera adecuada a las vicisitudes de su partenaire en la relación sexual e incluso acoger con justeza a las del niño que es eventualmente procreado en ellas [2].

En este sesgo, y ubicados en la perspectiva de la sexuación masculina, cabe señalar que es a partir de los efectos de la castración que pone fin al Edipo y privilegia, a partir de la renuncia a ser el falo, la elección por el tenerlo, que el niño varón encuentra el sostén para su identificación viril.

Ahora bien ¿Cuál es para el hombre el tipo ideal de su sexo en los tiempos de la hipermodernidad? ¿Cómo pensar en los tiempos actuales el estatuto de la virilidad cuando el lazo entre hombres y mujeres ha padecido tantas transformaciones?

J.A. Miller [3] presenta y observa, a partir de un texto de Alexandre Kojève [4], que la idea del declive viril e incluso su desaparición en el mundo contemporáneo es impensable sin considerar el declive del padre. Esta afirmación encuentra sus raíces en el desarrollo e interpretación que realiza Lacan en El Seminario, libro 4, al comentar las vicisitudes en la sexuación del pequeño Hans. Allí se sostiene la no- complementariedad entre la elección de objeto heterosexual y la virilidad de tal forma "que el sujeto se mantiene en una cierta posición de pasividad desde el punto de vista sexual. Hay legalidad heterosexual por el objeto al cual se liga, a saber, el objeto femenino. Sin embargo la legitimidad de esa elección es dudosa". Tenemos entonces una oposición entre legalidad y legitimidad. "El pequeño Hans está en conformidad con el orden establecido puesto que como niño se interesa por las niñas y, seguramente, continuará en esa vía a lo largo de su vida. Sin embargo, no parece ocupar esta posición de una manera que, a los ojos de Lacan, sea viril -la ocupa de forma pasiva" [5].

Sin lugar a dudas la virilidad queda identificada a la posición activa.

Ahora bien ¿Qué nos enseña la lectura del texto de Kojève? Nos transmite que nos encontramos "en un mundo que es nuevo porque está completa y definitivamente privado de hombres". Un mundo que difiere del todo de aquel de antaño, donde se distinguía a los hombres viriles, ya que prácticamente lo único que usaban eran pantalones de franela. El filósofo nos relata, con cierta humillación viril, que ya en los comienzos de 1950 los así llamados hombres fueron adquiriendo una cierta inclinación, anteriormente femenina, que es la de ofrecerse a la mirada, ya sea desnudos -pero con los cuerpos trabajados y musculosos- o en deshábille. Nos recuerda también (ahora con viril orgullo) que en otras épocas la desnudez estaba reservada a las jóvenes mujeres, y que en otros tiempos no era cosa fácil desvestirse a los hombres viriles. "Se necesitaban cuatro o cinco para sacar a un brillante caballero de su luminosa armadura, y más recientemente la ayuda de un vigoroso muchacho para extraer a tal militar ilustre de sus finas botas lustradas" [6].

Casi llegando al final del trabajo, no sin un dejo de nostalgia e ironía, el autor nos confronta con una cruda reflexión cuando, luego de aceptar forzosamente la existencia de chicas normales que se comporten como verdaderas mujeres, se pregunta ¿encontrarán acaso los verdaderos hombres que necesitarían, en un mundo donde la potencia del macho ha sido puesta en la actividad pacífica y laboriosa (aunque debidamente motorizada) de un esposo fecundo?

Saludemos esta novedad no sin una cierta sonrisa [7] resignada: El hombre viril se va extinguiendo. En su lugar encontramos su metamorfosis, a saber: un esposo fecundo.

Esta irónica figura se constituye en un ideal de padre en la familia moderna. "El daño hecho a la función paterna es lo que explica el sentimiento de desaparición de lo viril" [8].

Esta lógica, base de apoyo de cierta otrora cultura *unisex*, pretenderá socavar al Edipo, que es el que posibilita al sujeto la asunción de su propio sexo, es decir, que la mujer asuma cierto tipo femenino reconociéndose como mujer y

que el hombre asuma el tipo viril. La feminización y la virilidad entonces, “son los dos términos que traducen lo que es esencialmente la función del Edipo” [9].

Un Edipo cuestionado en su estructura y en su función estructurante tiene como consecuencia no solo la declinación del significante Nombre-del-Padre, sino también la declinación de la virilidad.

## Los nuevos ideales

Los efectos de la hipermodernidad han producido, a partir de los años 90, una nueva figura que se asoma como el tipo ideal para el sexo masculino: el *metrosexual*.

En el año 1994 un escritor británico llamado Mark Simpson introduce ese nuevo significante al analizar los efectos del consumismo en la identidad masculina. El nuevo hombre del siglo XXI es un sujeto muy interesado en su imagen y víctima fácil de la publicidad.

El prototipo del metrosexual es un joven con mucho dinero que vive en las grandes metrópolis (de allí su denominación), donde se encuentran las tiendas de marcas, los clubes, los gimnasios, las importantes peluquerías, gusta vestirse con ropa de marca y vistosa, suele pintarse las uñas, usa cremas para mantener el cuidado de su piel y no duda en teñirse el pelo. Puede ser gay, heterosexual o bisexual, ya que estos rasgos no son los más relevantes. Lo que definitivamente lo caracteriza es que suele tomarse a sí mismo como su propio objeto de amor. Este nuevo hombre es decididamente un sujeto narcisista que se ofrece como objeto a la pulsión escópica.

Es un *partenaire* ideal en un mundo *voyeurista*.

Se les distingue no por su inclinación sexual sino fundamentalmente por desarrollar un estilo de vida que privilegia el cuidado su imagen. Quizás el cogito del metrosexual pueda ser enunciado así: “Soy mirado... luego existo”.

Su posición subjetiva y su forma de goce quedan así condicionadas por estas coordenadas.

Cabe formular y sostener la pregunta acerca del efecto que, en la época de la hipermodernidad, se ha producido en la subjetividad del hombre actual.

Una época en que lo que se ofrece como modelo identificatorio a los sujetos masculinos es que privilegien ser el falo antes que tenerlo, con las consecuencias de una feminización acorde a los efectos del discurso capitalista sobre la subjetividad masculina.

Así, el metrosexual se ofrece a ser un objeto *a*, un objeto de goce, en tanto ocupa una posición feminizada. Así es posible formular una de las ofertas del mercado, a saber: todos feminizados.

Entonces, si se aceptan estas consideraciones, es necesario sostener que uno de los desafíos actuales para los psicoanalistas será el de evitar que la hipermodernidad se cure del psicoanálisis, transformando a éste en un síntoma de museo.

El psicoanálisis debe alojarse en su tiempo, no para ser el sostén de la tradición sino para ser su síntoma, es decir, ser un discurso que no comulga con los ideales de la época.

“El psicoanalista, entonces, no se recluta entre quienes se entregan por entero a las fluctuaciones de la moda en materia psicosexual” [10], como así tampoco se recluta entre los nostálgicos del padre.

La apuesta es otra: abreviar en la tradición para articularse a lo nuevo, para poder así inventar una práctica analítica acorde a los tiempos actuales.

1. Lacan, J., *La Familia*, Homo Sapiens, 1977, Argentina, pág.112.
2. Lacan, J., "La significación del falo", en *Escritos 2*, Siglo XXI, Argentina, 2003, pág.665.
3. Miller, J.-A., «Buenos Días Sabiduría», en *Colofón* N° 14, 1996, Madrid, pág. 34-41.
4. Kojève, A., «F. Sagan: El Ultimo Mundo Nuevo», en *Descartes* N° 14, Anáfora, Argentina, 1995, pág.124-129.
5. Miller, J.-A., *Ibidem*.
6. Kojève, A., *Ibidem*.
7. Títulos de las novelas «Buenos días tristeza» y «Una cierta sonrisa» de F. Sagan que comenta A. Kojève en el artículo citado «El último mundo nuevo» publicado en la revista Critique. Estas referencias son citadas por J. A. Miller en (3)
8. Miller, J.-A., *Ibidem*.
9. Lacan, J., *El Seminario, Libro 5*, "Las Formaciones del Inconsciente", Paidós, Buenos Aires- Barcelona, 1999, pág. 170.
10. Lacan, J., *El Seminario, Libro 4*, "Las Relaciones de Objeto", Paidós, Barcelona-Buenos Aires, 1994, pág. 421.